

Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demás del caudal.

Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones
Ni en ver si los Alarcones
Podrían ó no volver.

De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias estraños.

Tal es la vida, lector:
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio enero venia,
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero
Le daban por estrangero,
Aunque no por muy honrado.

Traía el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.

Una daga milanese
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera

Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda:
Pero si pasa y saluda
Vuélvese uno á contemplarle;

Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.

É él en tanto, sin curar
De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,

Él sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal,
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos,

Y llegó al fin de la cuesta
Dó se via en la hondonada
Una casilla olvidada
Ya ruínosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.

Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se via
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante
Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así con triste acento:

« Padre, al morir me dijisteis:
« *Si algun dia tus locuras*
« *O imprevistas desventuras*
« *Te roban cuanto te doy,*
« *Ven á mi tumba escondida,*
« *Que en mi sepulcro al postrarte*
« *Mi sombra saldrá á ayudarte...*
« Cumplióse así, y aquí estoy.

« Rompe pues, sombra adorada,
« Esa piedra que te esconde,
« Y á mis suspiros responde
« Momentánea aparicion;
« Dime, si, que desde el cielo
« Dó mi padre habita ahora,
« No me lanza aterradora
« Su terrible maldicion. »

Calló aquí un punto, y besando
La lápida, con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya:

« ¡Quimeras!... nunca los muertos
« Salen de la madre tierra
« Que avara en su vientre encierra
« El polvo que sér nos da. »

Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono:
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas:

Y, dó quier que los tendia,
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenia ya enmohecidos
Los aposentos dó quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedían,
Porque apenas mantenían
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hacia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazón.

A veces se cree que llora
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,

Ni espera ya en los altares
Ni fla en si mismo ya :
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando.
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aqui.

Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su cimientto
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciár.

Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo menos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.

No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,

Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así :

COMO CUANDO AQUI TE VUELVAS
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,
Y TENDRAS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y A TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEZ TE DEJO,
Y CREE QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.

Quedóse Don Juan atónito,
Pues no era otro el que leía,
Ni era otro el que escribía
Sino su padre Don Gil :
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos,
Pendientes y desafíos,
Disolutos amorios
Y crímenes por dó quier.
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida muger.

Asesinado el amigo
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad :
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salía rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por dó quier,
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impia sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,

Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar :
Y ¡misero Don Juan!... ¡misero!
A donde quiera que mira
Ve un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda :
Al ver de Don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él :
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto : « Esto es hecho. »
Y asió con ira el cordel.

Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando traje
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está :
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo Don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó :
Y entonces, segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.

« Teneis razon, padre mio,
« Ya otra cosa no me resta;
« Para una vida como esta
« Mucho mejor es morir.
« ¡Teneis razon! Gran regalo
« Me dejais, y le merezco;
« Ea, pues, ya os obedezco.
« ¡Abra Dios mi porvenir! »

Tras cuyas impias palabras,
Con los piés la arca empujando,
Quedó el misero colgando
Blasfemando de su Dios :
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detrás.
« ¡Malditos maderos viejos! »
Esclamó Don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo : « Un árbol valdrá mas. »

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombros,
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito
Esto, que Don Juan leyó :

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS :
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERA FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó :
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,

Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

LEYENDA CUARTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

Un día en que mi muger leía los cuentos antásticos de Hoffmann, y escribía yo á su ado los míos, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

Mi Muger. ¿Porqué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffmann?

Yo. Porque considero ese género inoportuno en España.

Mi Muger. No alcanzo la razón.

Yo. Yo te la diré. En un país como el nuestro, lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la más íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos más dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bienaventurado alemán? Nuestro brillante sol daría á los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararían el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

Mi Muger (interrumpiéndome). Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda *Margarita la tornera*?

Yo. Al género fantástico, sin duda.

Mi Muger. Luego la teoría y la práctica están en contradicción.

Yo. Entendámonos. *Margarita la tornera* es una fantasía religiosa, es una tradición popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffmann sin embargo no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginación descarriada; tengo experiencia de ello.

Mi Muger. Acaso tendrás razón; pero yo quisiera que hicieras la prueba.

Yo. Enhorabuena: mas con una condición. Que sobre tí vaya la responsabilidad del éxito.

Mi Muger. Acepto.

Yo. Tú me darás el argumento de la composición.

Mi Muger. Y tú le tratarás con imparcialidad.

Yo. Prometo escribirte como Dios mejor me dé á entender.

Mi Muger. Pues escucha
Hé aquí, amigo lector, la historia de mi *Pasionaria*, que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento con la torpeza y desaliño de la ejecución.

JOSÉ ZORRILLA.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,
De flores y árboles lleno,
Que á un jardín se parecía,
Un buen hidalgo vivía
De pesadumbres ajeno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Había un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo:
Mas su buen tiempo pasado,
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Allí dejó, á su partida
Para la empeñada guerra,
En una esposa querida
Y una hija de ella tenida
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvía en vano;
Faltábale su muger.

El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada día
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdía
El mensaje, y no llegaba.

Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa
Mas noticia que la muerte.

Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella,
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.

¿Y quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos

Quando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada:
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.

Asi el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda.
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!
Aurora, si, se llamaba
Porque en la aurora de un día
Con que un abril empezaba
Nació, y el sol que apuntaba
Con ella á la par nacía.

¿Y quién sabe si al preveer
Su hermosura venidera
Quiso el sol su estrella ser.
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?

Asi suceder debió,
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció
Y dióla doble hermosura
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso,
Bálsamo esparce precioso
En el desierto en que crece.

Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
De auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella Aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.

Y asi en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,

Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace.
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imagen:
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace:
Y asoma sobre sus labios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
«¿Porqué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto me apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la da la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los míos á mirarte?
¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
¿Tú, pobre ilusion sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable,
Que solo á la sombra de otro
Puedes vivir arrastrándote?
¿Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?
¿Y todavía me miras?
¿Y te me ries, infame?
¿Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.»

Y así la hermosa diciendo,
 Por castigar á su imagen,
 Tiraba al fondo del agua
 Las arenas de la márgen.
 Al ver la espuma que elevan
 Y al ver los innumerables
 Circulillos que producen,
 Y unos en otros quebrándose
 Fugitivos de su centro,
 Y en tumulto interminable,
 Los unos van á perderse
 Adonde los otros nacen,
 Y entre la confusa tela
 De sus líneas vacilantes;
 Al ver en el fondo turbio
 Inquieta siempre su imagen,
 Con inocente sonrisa
 Y con infantil donaire,
 « Eso es, decía, ya vuelves,
 Necia sombra, á tus desmanes;
 Mas veremos por quién queda,
 Tú á salir, y yo á borrarte. »
 Y arena tiraba al agua
 Con caprichoso coraje.
 En tal entretenimiento
 Se la pasaba la tarde,
 Luchando contra su sombra
 Que aparecía constante,
 Cuando un mancebo que estaba
 Tras ella, con voz suave
 Y afectuosísimo tono,
 Dijo: « Aurora, ¿qué haces? »
 Tornóse al punto la niña,
 Y ruborizada alzándose,
 Dijo bajando los ojos:
 « ¿Qué he de hacer mas que esperarte?
 — Tan entretenida estabas
 Con el arroyo... »

— Tirábale
 Las arenillas que cria
 Por venganza.

— ¿En qué es culpable
 Para que así le castigues?
 — Detesto sus falsedades,
 Y él me engaña.

— ¿Qué te dice?
 — Me copia todo el semblante,
 Y miente sin duda alguna.
 — ¿Porqué?

— Porque á ser iguales
 Yo y el reflejo que pinta
 Mas en verdad te agradase.
 — ¿Pues quién te ha dicho, alma mía,
 Que yo no te le idolatre?
 — Mas á menudo vinieras
 Si así fuera á contemplarle.
 — ¿Acaso tardé?

— Lo ignoro,

Cuando vienes nunca es tarde.
 Pero cuando pasa un día,
 Y otro y otro y aguardándote,
 Paso horas y horas sentada
 Mirando por todas partes
 Sin que por ninguna lleguen
 Mis ojos á tropezarte,
 ¡Ay, Felix, qué de recelos
 Me atormentan!

— ¿Pues no sabes
 Que tengo yo, Aurora mía,
 Ayo, maestros y padre
 Que me acechan de continuo,
 Y que me es fuerza robarles
 Los minutos para verte
 Sino para idolatrarte?
 Cuando el castillo abandona
 Ya por caza ya por viaje
 Es solo cuando evadirme
 De mi preceptor es fácil;
 Y solo con mil pretextos
 Logro entonces engañarle
 Y no oír sus importunos
 Consejos inagotables.
 Con él del noble ejercicio
 De las armas salgo al parque,
 El caballo se desboca,
 Salta la zanja y al valle.
 Tanto, bien mío, me cuesta
 Verte unos cortos instantes,
 Mas no hay azar que no arrostre
 Por oírte y contemplarte.
 — ¡Ay, Felix! siempre palabras
 Consoladoras me traes,
 Mas no sé qué falta en ellas
 Que nunca me satisfacen.
 — ¿Dudas acaso?...

— No en tí,
 Que no me atreviera amándote.
 — ¿Pues en quién?

— En la fortuna.

Tú tan noble...

— Y es bastante
 Garantía la nobleza
 De mi encumbrado linage
 Para cumplir mis palabras.
 Y esto, Aurora mía, baste,
 Que me ofenden esas dudas.
 — ¡Siempre ese altivo lenguaje,
 Felix, siempre te me enojas!
 — ¿Yo, Aurora mía, enojarme?
 Contigo, mi bien, mi gloria,
 Jamás.

— Pues tu mano dame,
 Júrame que me amas mucho
 Y hagamos las amistades.
 — Las manos no, el corazón.
 — No puedo yo tanto darte.

II.

Tendia sobre la tierra
 Su oscuro manto la noche,
 De estrellas poblando el cielo
 En magnífico desorden.
 Lanzaba apenas la luna
 Sus tímidos resplandores,
 Como enamorada que abre
 Recelosa sus balcones
 Por ver al galán que espera
 Y que las sombras la esconden,
 Mas cuyo contorno vago
 En la oscuridad conoce.
 Todo en el valle reposa
 Y con murmullos acordes
 Entre las hojas susurran
 Los céfiros juguetones.
 El manso rumor del agua
 Que entre los céspedes corre,
 Mezclado con sus murmullos
 Incesantemente se oye.
 Perfuma el ambiente puro
 De las campesinas flores
 El grato y sencillo aroma,
 Que ávida el aura recoge.
 Brotan del húmedo césped
 Imperceptibles vapores,
 Que de las ráfagas vuelan
 Sobre las alas veloces:
 Y la frescura se aspira,
 Y los sentidos absorve
 Vaga languidez dulcísima,
 Que hace su deleite doble.
 El pensamiento perdido
 El ancho espacio recorre
 En pos de mil imposibles
 Encantadas ilusiones.
 Los ojos alucinados
 Con mil falsos resplandores,
 Realidades imaginan
 Sus increadas ficciones:
 Y en el azul trasparente
 Cuya estension desconocen,
 Sus errantes fantasías
 En su desvario ponen.
 Y un vapor que le atraviesa,
 Un insectillo que indócil
 Le cruza inquieto sonando
 Sus alillas uniformes,
 Un hoja que va en el aire,
 Sin hallar en qué se apoye
 Y desprendida de un tronco
 Acaso de sábia pobre,
 Por una vision la toman,
 Que pasa ante ellos informe,
 Suspiro tal vez de un hada,
 Plegaria acaso de un monje.

— ¿Pues qué, corazón no tienes?
 — No, que ha venido á robármele
 Un mancebo muy gallardo.

— ¿De veras?
 — Sí, como un ángel.

— ¿Y se le llevó?

— Sin duda.

— Como yo llegue á encontrarle...

— ¿Se le pedirás?

— No á fé.

— ¿Pues qué has de hacer?

— Arrancárselo. »

Y aquí cayendo la niña
 En los brazos de su amante,
 Sonó un regalado beso
 Que devoró ansioso el aire.
 « Aurora, dijo el mancebo,
 Mira al sol.

— ¿Felix, te partes?

— ¿Qué he de hacer? Espira el día.

— Es verdad, Felix. Mi padre

También estará impaciente.

¿Volverás pronto?

— Cuanto antes.

— ¿Te acordarás de mí?

— Siempre.

— Mi existencia es solo amarte;

No tengo en mi corazón

Mas que un altar con tu imagen.

— ¿Se borrará?

— Nunca, Aurora:

Pintada está con mi sangre

Y por el cristal pasada

Del fuego que en ella arde. »

Y al dulce beso tornaron

En punto tal separándose

Y mientras verse pudieron

No dejaron de mirarse.

Subía aprisa Don Felix

Y con pasos desiguales

Por la tortuosa vereda

Que lleva fuera del valle;

Y lentamente cruzaba

Aurora la opuesta parte

Por la olorosa pradera

De que es su casa el remate:

Y á cada paso volviéndose

Y de lejos saludándose,

Ambos á dos se juraban

Como quien eran amarse.

¡Pobres niños que insensatos

Juzgaban interminable

Lo que era con solo un soplo

Interrumpirles muy fácil!

Noche azul, limpia y serena
 Tras la cual se reconoce
 Lo infinito del espíritu
 Que con un soplo hizo el orbe.
 En esta noche tranquila
 Y en este valle fué donde
 Delante de una ventana
 De su alquería sentóse
 El bueno de Juan Robleda
 En un gran sillón de roble,
 Asegurando los codos
 En sus brazaes enormes.
 Los ojos en tierra fijos,
 Mohino el semblante noble,
 Sumido el ánimo muestra
 En graves meditaciones.
 Jamás se le vió tan triste;
 Sin duda su pecho esconde
 Algun secreto funesto
 Que el corazón le corroe.
 Secreto que en el silencio
 Es preciso que devore,
 Que en su corazón se entierre
 Y en su corazón se ahogue.
 Mas él desea sin duda
 Que fuera de él se desborde,
 Reduciendo sus tormentos
 A sentidas espresiones :
 Que otro las oiga y las sienta
 Como él las siente y las oye,
 Ya porque él lo necesite,
 O ya porque á otro le importen.
 Y esto sin duda resuelve,
 Porque dejando su inmóvil
 Posición, por la ventana
 Llamó á Aurora, y levantóse.
 Entró la hechicera niña,
 Volvió á su sillón de roble
 El padre, y entre los dos
 Plática tal entablóse :

Robleda. ¿Dónde has estado?

Aurora. En el soto.

Robleda. ¿Qué has hecho allí?

Aurora. Coger flores.

Robleda. ¿Y has cogido muchas?

Aurora. Muchas.

Robleda. Ten cuenta con las que coges,
 Y no vayas á buscarlas

Al parque de los señores

De Aracena, porque tiene

Muy malos alrededores.

Aurora. Yo, señor...

Robleda. ¿Me has entendido?

No están mis ojos tan torpes

Todavía que no alcancen

Hasta el lindero del bosque.

Aurora. Duéleme, padre y señor,

Que mi conducta os enoje;
 Mas yo prometo...

Robleda. Hija mía,
 No hay desdicha que no arrostre
 Tu padre por tu ventura,
 Ni mal que por ti no afronte;
 Mas no hay tampoco desdicha
 Que me desvele ni asombre
 Como el temor de perderte.

Aurora. ¿Y á qué, padre, esos temores?

Aquí hemos siempre vivido
 Retirados : nuestra pobre
 Posesión respetan siempre
 Los bandidos y los nobles.
 Mil veces me habeis contado
 Que allá detrás de esos montes
 Está la tierra turbada
 Con guerra y desolaciones :
 Que todo el mundo está henchido
 De desventuras y horrores,
 Pero jamás han llegado
 A nuestro valle sus voces.

Robleda. ¡Ay que no es, Aurora mía,

Tan peligroso el redoble
 Del atambor que convoca
 Para matarse los hombres,
 Como la voz engañosa
 De esas mágicas pasiones
 Que viven en nuestro pecho
 Como huéspedes traidores!

Lides se vencen lidiando

Y al fin, ya que no se logre

Salir de una guerra siempre

Felices ó vencedores,

La fuga salva aunque manche.

¿Mas cómo de las traiciones

Defenderse de enemigos

Que á par con nosotros corren?

Bajas, Aurora, los ojos,

La faz ruborosa escondes;

¡Ay de tí, luz de mi vida!

Si freno al amor no pones.

Aurora. ¡Callad, por Dios, padre mio!

Robleda. Fuerza es decírtelo, óyeme :

Todo lo sé, pobre niña,

Esas desdichadas flores

Que vas á coger al campo

Son las falsas espresiones,

Los juramentos de amor

De un mozo á quien no conoces,

Y de quien tú no has nacido

Mas que sierva. Y si no rompes

Tan torpes lazos, si no echas

En olvido hasta su nombre...

Aurora. Padre, imposible. Se mezcla

En mis mismas oraciones.

No se aparta de mi mente

Ni de día ni de noche.

Robleda. Pues bien, Aurora, es forzoso

Que desprendétele logres

Del corazón : es preciso

Que huyamos lejos de ese hombre.

Tú no naciste condesa,

No heredaste mas blasones

Que tu honor, y esa no es prenda

Para pérdida de un golpe.

Venderé nuestra alquería.

Aurora, á partir disponte,

La distancia es el olvido,

Y el tiempo allana los montes.

Aurora. Pues bien, padre, partiremos.

Conozco vuestras razones,

Iremos donde gustáreis;

Será un sacrificio enorme :

Tal vez me cueste la vida :

El alma tal vez indócil

Se resista de tal modo

Que el aliento me sofoque,

Pero primero es mi padre :

Vuestros caprichos son órdenes

Para mí ; sí, padre mio,

Mas dejadme que le llore.

No estrañéis, no, que á los párpados

Las lágrimas se me agolpen,

No me preguntéis la causa,

Que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora

Ante su padre se pone

Diciendo : « Padre, partamos

Antes que Don Felix torne. »

III.

Catorce dias despues,

De su alquería á la puerta

Iba á montar á caballo

El bravo Juan de Robleda.

Ya estaba á su lado Aurora

Sobre una jaquilla negra,

Y un criado conducía

Sobre una mula su hacienda.

Las crines tenia asidas

El soldado y el pié cerca

Del estribo, cuando á ellos

Vió con estraña sorpresa

Venir un hombre en un potro

Desbocado por la cuesta,

Y á pique de despeñarse

Por la tortuosa vereda.

Las compasivas miradas

Clavó en él con ansia extrema

De que descendiera vivo,

Lo que á la verdad no espera.

Mas gracias á su fortuna

Mucho mas que á su destreza,

Por la orilla del arroyo

Siguió su rauda carrera.

Pasó el lindero del soto

Tan veloz como una flecha,

Saltó la zanja del bosque,

Cruzó el puente de madera.

Y pasó por medio de ellos

Sin ser dueño en su violencia

De contener de su potro

El impulso y la fiereza.

Era Don Felix. Aurora

Palideció á su presencia,

Y el viejo esperó pregunta

Para concebir respuesta.

« ¿Partís? » preguntó Don Felix,

Con faz pálida y colérica ;

Y con altiva mesura

« Partimos, » dijo Robleda.

D. Felix. ¿Por mucho tiempo?

Robleda. Por mucho,

Si es mucho la vida entera.

D. Felix. Los vasallos de mi padre

No pueden sin su licencia

Abandonar sus estados.

Robleda. Por eso fui yo á obtenerla

De él mismo no há muchas horas.

D. Felix. ¿Y os la dió?

Robleda. Y gracias con ella.

Con que así, señor Don Felix,

Mire si paso nos deja,

Porque la jornada es larga

Y la mañana está fresca.

D. Felix. No será mientras yo viva,

Buen viejo, y tened paciencia,

Que no ha de salir mi esposa

De donde su esposo queda.

Robleda. ¿Qué estáis hablando, Don Felix?

¿Qué esposa ó qué rayo es esa,

Ni qué tengo yo que ver

Con quien vuestra esposa sea?

D. Felix. Mas de lo que vos pensais

Mi muger os interesa,

Que os vengo á pedir á Aurora

Para mi esposa, Robleda.

Robleda. ¡Está su merced sin juicio,

Por Cristo vivo!

D. Felix. Ello es fuerza :

Yo la adoro, la idolatro ;

Todo el poder de la tierra

No me arrancará del pecho

Esta pasión violenta.

Robleda. Teneos, señor, teneos,

Que se os desboca la lengua ;

Y aunque os amargue es preciso

Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto

Que ella os ama : doy que es cierta,

Profunda vuestra pasión,
Decidida y verdadera;
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Si, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved pues si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

D. Felix. Si, puede ¡viven los cielos!
Que en la muger no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado,
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare,
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble
Soy tambien...

Robleda. Un calavera
Que os cansareis en dos meses
De una zafia lugareña,
Y la encerrareis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las ajenas.
Creedme, señor Don Felix,
Yo tengo mucha experiencia
Y sé lo que son las cosas;
Dejaos pues de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

D. Felix. Pues bien, viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

Robleda. Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

D. Felix. Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

Robleda. Don Felix, su merced vea
Que si da un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua
Con honor; de vuestro arrojado
Mis pistolas me defiendan.

Así Robleda diciendo
Metióse con faz resuelta
Entre Don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.

Postróse á sus piés la niña
De miedo en llanto deshecha,
Volvió en su acuerdo Don Felix,
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
El mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

El Conde. ¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el señor?

Robleda. No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia,
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás,
Señor, le defenderia.

El Conde. ¿Mi hijo á tu honor atentó?
Robleda, en verdad responde.

Robleda. Al vuestro atentaba, conde,
A no impedirselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

El Conde. ¿Eso pensó? ¡Por mi fé
Que eres, Felix, un villano!

Robleda. Yo se lo dije tambien,
Mas á fuerza, dijo airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

D. Felix. Pues bien, padre...

El Conde. Calle el necio.

Robleda, tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido ajena;
No has de partir, es mi gusto.
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas;
Y ve si mas necesitas,
Que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida á ese hombre,
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Sino conde, con honor.

Robleda. La proteccion agradezco,
Señor, mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

El Conde. Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado;
Enviaré á Felix á Francia.

Y aqui el conde de Aracena,
Volviendo el rostro á su hijo,
Frucciendo el ceño, le dijo
Con voz decidida y llena:
« Y ahora vos, caballero,
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano. »

Robleda. ¡A mí, señor!

El Conde. Yo lo quiero.

D. Felix. Padre y señor, si esto es
Para vos buen desagravio,
Con gusto pondré mi labio
No en sus manos, en sus piés.
Mas ved que mi corazon...

El Conde (interrumpiéndole). No hay
mas en ello que hablar.

Yo dél os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.

¡Hinceaos: besad: muy bien!
Ahora montad é id delante;
Mas id de mejor talante
¡Por la estrella de Belen!

Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle,
Olvidaos deste valle

Y no penseis en Aurora.
Dios sea contigo, Robleda,
Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto,
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Felix á donde
Su Aurora en llanto deshecha
Recoge aquella mirada
Que acaso la desdichada
Como la última aprovecha.
Mientras los pudo alcanzar,
La vista sobre ellos tuvo;
Cuando perdido los hubo,
No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor
Que hasta allí la habia asistido
Y al fin cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde
Y envió á Don Felix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda;
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Felix va caminando
Apesarado y mohino
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera,
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado,
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos:
Eso fué su porvenir.

Mas sí, dichoso en la corte
Y afortunado en la guerra,
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el hidalgo de provincia
Allá en pais estrangero
Venturoso aventurero
Medra en el mundo á su vez;

Si, envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza,
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor,
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La imprevisión la osadia,
La juventud con un día
De suerte amiga no mas
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza,
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
Afanado siempre el hombre,
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y así fué grande Alejandro,
Y así inmortal vive Homero

Por su fortuna primero,
Después por su corazón.

Eso es el hombre, deseos,
Ambición, fortuna, gloria:
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la muger... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está:
El hombre egoísta, avaro
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazón todo entero
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desconsolados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;
En vano pasas tus días
De silencio y pesadumbre,
De tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afán.

« ¿Si volverá? » se pregunta
Todos los días Aurora.
« ¿Qué hará Don Felix ahora? »
En eso piensa no mas.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusión peregrina
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece:
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razón.
Si acaso muestra en sus labios
Al buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
De que pena el corazón.

Y pasa día tras día,
Consúmese hora tras hora,
Mas no consuelan á Aurora
La razón ni la verdad:
Los días pasa en silencio,
Pasa las noches llorando,
Continuamente arraigando
Su amor en la soledad.

« No llores, mi bien, la dice
« Desolado el pobre viejo:
« Al fin es mejor consejo

« Lo que se pierde olvidar. »
Y ella responde: « Perderle
« ¿Porqué ocultar que me pesa?
« Ya sé que mi suerte es esa,
« Mas dejádmela llorar.

« Yo os prometí, padre mío,
« No verle mas, no buscarle,
« Mas no prometí olvidarle,
« Que fuera imposible á fé.
« Su imagen está con fuego
« En mi corazón grabada,
« Y eternamente guardada
« En él la conservaré. »

— « ¿Y piensas, pobre inocente,
« Que él conservará la tuya? »
— « Padre, quien quiera le arguya
« Por la palabra que dió.
« El será mi pensamiento
« Mientras me dure la vida;
« Si él, padre mío, me olvida
« No he de culpárselo yo.

« Solo su bien es mi anhelo,
« Y si á mi costa ha de hallarle,
« Quiera lograrse el cielo
« Si es venturoso sin mí. »
Así á su padre llorando
Dice la infeliz Aurora,
Y el viejo oyéndolo llora
Porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,
En esta intensa amargura,
Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en Don Felix fija
Desatendía su voz.

Pasaba el día, la triste,
Al pie del cerro vecino,
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Continuamente sentada
En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,
Que ciego la idolatraba,
Veía bien que la ahogaba
Su inextinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del sol cubriendo los rayos
Tras de su cortina lóbrega,
Del arroyuelo á la margen
Está la infeliz Aurora,
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada,
Aunque atractiva y hermosa,
Piensa en que el año se cumple
Y su Don Felix no torna.
¡ Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año va á hacer que ausente
Del dulce dueño que adora,
Aun de su vuelta conserva
Una ilusión mentirosa.
Aun sale todas las tardes
A contemplar á sus solas
La senda por dó solía
Bajar por entre las rocas.
Aun vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creuyendo verle á lo lejos
Doblar la empinada loma.
Mas nunca llega Don Felix;
Jamás amiga persona
Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera:
Mas ¡ ay! ¡ esperanza loca!
El año entero se cumple
Y su Don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusión esta vez,
Un bulto de humana forma
Es la aparición. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡ Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su sér, su historia.
Y en tanto descendiendo al valle
La aparición venturosa,
Que es un viejo peregrino

Con su bordon y sus conchas.
Agil y recio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas
Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz magestuosa,
Vaga sonrisa en los labios,
Mirada escudriñadora.

Tal era aquel extranjero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un « Dios te guarde, »
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un « Vengais en buen hora. »
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa,
Trabando entrambos á poco
Un diálogo en esta forma:

El Peregrino. ¿ Qué haces en medio del
campo,
Con la tormenta tan próxima,
Pobre niña?

Aurora. Ya lo veis:
Llorar.

El Peregrino. ¿ Y qué es lo que lloras?

Aurora. Mis desventuras, señor.

El Peregrino. ¿ Tan jóven y ya te acosan
El corazón las desdichas?

Aurora. Cada día se redoblan.
Mas perdonadme, extranjero,
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿ Venis de Francia?

El Peregrino. Es mi patria.

Aurora. ¿ Y la habeis andado toda?

El Peregrino. Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.

¿ Mas qué te suspende, niña?

¿ Qué empacho pueril te estorba

Finalizar tu pregunta?

Nada me has dicho hasta ahora.

Si acaso en Francia se hallare

Alguna madre amorosa...

Aurora. No la tengo.

El Peregrino. Algun hermano...

Aurora. Tampoco.

El Peregrino. Alguna persona

Querida.. Tal vez la misma

Ocasión de tus congajas.

Aurora. Pues bien, anciano, es muy cierto.

Hay una cuya memoria

De mí no se aparta nunca.

El Peregrino. ¿Un hombre?
Aurora. Si.
El Peregrino. ¿De española
 Sangre nacido?
Aurora. En sus reyes
 Origen su sangre toma.
El Peregrino. ¿Paso á Francia?
Aurora. Por mi culpa.
El Peregrino. ¿Le amabas?
Aurora. Mucho.
El Peregrino. ¿Y se nombra?
Aurora. Don Felix es de Aracena.
El Peregrino. Altivo?
Aurora. Y galan.
Peregrino. ¡ Dichosa
 La muger que para suya
 Tan buen caballero escoja!
Aurora. ¿Le conoceis?
El Peregrino. Sí por cierto,
 Que es conocerle gran honra.
Aurora. ¡Hablad por Dios!
El Peregrino. La fortuna
 Le acude con mano pródiga.
 Mas liberal cada día,
 De dicha y de honor le colma,
 La Francia entera le aplaude,
 Y va su nave orgullosa
 Por el mar de los favores
 Navegando viento en popa.
 El sabio rey Luis Onceno
 Con ciega pasión le adora;
 Y el príncipe sin empacho
 Le admite en su misma alcoba;
 Con ellos á caza sale,
 Gran fama con ellos goza
 De entendido y de valiente:
 Y aunque parezca lisonja,
 No fué mejor caballero
 Con el rey Luis á Borgoña.
Aurora. ¡Callad, buen viejo, callad!
 Que la ventura me agobia
 Al oír tan gratas nuevas.
 Mas decidme, ¿ tanta gloria,
 Buen peregrino, del alma
 Le habrá arrancado ambiciosa
 El amoroso recuerdo
 De su abandonada Aurora?
El Peregrino. ¡ Ay! todo el tiempo, hija
 mía,
 Lo confunde y lo trastorna,
 El curso á los ríos tuerce
 Y las montañas desploma.
Aurora. Basta, peregrino, basta,
 Que siento que sangre brotan
 Las mal cerradas heridas
 Que mi corazón destrozan.
 ¿ Con qué me olvida?
El Peregrino. Lo ignoro.

Aurora. ¿ Mas no sabeis?...
El Peregrino. Que ama á otra.
Aurora. ¡ Triste de mí! Si él me falta
 Todo lo demas me sobra.

Y á estas palabras sintiendo
 Que las fuerzas la abandonan,
 El extranjero los brazos
 Tendió á la infelice Aurora.
 Cayó sin sentido en ellos,
 Y él blandamen dejóla
 De la florecida yerba
 Sobre la mullida alfombra.

—
 Cuando tras breve desmayo
 La niña á vida volvió,
 Tendió desalentada
 Los ojos en derredor,
 Y del arroyo á la márgen
 Cuando sola se encontró,
 — « Sin duda, dijo, he soñado;
 « Asi sea, ¡ plegue á Dios!
 « Que á ser realidad, con ella
 « No pudiera el corazón.
 « Sí, sueño fué: el peregrino
 « Que tales nuevas me dio
 « De mi loca fantasía
 « Fué no mas una ilusión.
 « Sí, todo ha sido un ensueño,
 « ¡ Mas cuánto me atormentó! »

En tanto avanzaba el lóbrego
 Nublado amenazador,
 Y ya á lo lejos se oía
 De trueno el cóncavo són.
 Zumbaba el viento arrastrándose
 En torbellino veloz,
 Mas sin templar de la atmósfera
 El hábito abrasador.
 Caían de cuando en cuando,
 Precursoras del turbión,
 Anchas y redondas gotas
 Que se tornaban vapor:
 Y amedrentadas las aves
 De abrigo preciso en pos
 Cruzaban el aire denso
 Sin segura direccion.
 Solo el salvaje milano
 Con vuelo fascinador
 Suspendido se cernía
 En la azulada region,
 Y á la impetuosa tormenta
 Precediendo sin temor,
 Giraba en círculos sesgos
 Graznando en áspero són.
 La senda con lento paso
 De su alquería tomó

Aurora, saliendo apenas
 De su honda enagenacion,
 Y por la arenosa márgen
 Del arroyo saltador
 Hasta el umbral de su puerta
 Meditabunda llegó.
 Allí arrancando un suspiro
 Del fondo del corazón,
 « ¡ Qué hará Don Felix! » se dijo,
 Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo días y viniendo días,
 Y Aurora sin ceder en sus manías,
 Un año se pasaba y otro año
 Sin que entendiera nunca el desengaño.
 Sueño no mas creyendo al peregrino,
 Creía sin embargo en la firmeza
 De Don Felix, agüero sospechándolo,
 Mas feliz esperando su destino
 Cuando cierta su dicha y su riqueza.
 ¡ Tal es nuestra locura!
 Nunca creemos mas de los agüeros
 Que la parte de bien y de ventura:
 Si allá en noche afanosa
 Negro, espantoso, aterrador ensueño
 Con tenaz pesadilla nos acosa,
 Su memoria azarosa
 Olvidar procuramos con empeño
 Cual creacion del alma vaporosa.
 Mas si dulce ilusión blanca y risueña
 Nuestro reposo encanta,
 Al punto la juzgamos
 De grato porvenir ilusión santa.
 Asi pensaba Aurora
 La vuelta de Don Felix esperando
 Fiada en su palabra engañadora;
 Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
 Mas siempre en la fortuna,
 La fama y los honores que adquiría
 Creía sin cesar, sin ver que fuesen
 Visiones de su amante fantasía.
 Y siempre en la ladera
 Del manso arroyo con afán sentada,
 Por la senda tendía
 La vista enamorada,
 Creyendo que Don Felix volvería.
 Embebida en tan dulces pensamientos,
 Una tarde de julio calurosa,
 Descansaba la niña fatigada
 Del arroyo á la márgen arenosa:
 Los ojos en el cielo
 En lágrimas de amor humedecidos
 Distraída fijaba
 Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
 La imagen de Don Felix
 Mas que nunca amoroso,

I.

Mas que nunca galan veía acaso
 Que á su valle volvía
 Con ciego amor y presuroso paso:
 Y ella ufana á su vez con su hermosura
 Los brazos le tendía,
 ¡ Mas ay que la vision nunca venia!
 Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
 La efimera ventura
 Deshacia de un soplo
 Su secreta y fatídica amargura.
 Siempre se hundían sus dorados sueños
 En el mar de sus lágrimas, y al cabo
 Sus delirios no mas siendo la suerte
 Que aguardaba dichosa,
 Miraba al porvenir... y no veía
 Mas esperanza que la tarda muerte.
 ¡ Pesadilla fatal que la oprimía!
 Y aquella bienandanza
 En que soñó á Don Felix, la privanza
 Que en Francia con el príncipe gozaba,
 Todo cuanto la dijo el peregrino
 La idea de otro amor la emponzoñaba.
 Todo era en su opinion sueño y mentira,
 Todo ilusión de su alma enamorada,
 Mas ¡ cuánta fé, cuánto placer la inspira
 Su esperanza infundada!
 Y al par ¡ con cuán fundada incertidumbre
 Su dichosa ilusión tenaz conspira
 De su amor á que dude despechada!
 ¡ Ay, desdichada Aurora,
 Cuán arraigada la memoria guardas
 Del ingrato amador á quien aguardas!
 ¡ Con cuánta fé tu corazón le adora!

Y así sin claro objeto
 Y sin clara razón la pobre niña,
 Presa infeliz de su dolor secreto
 Enamorada llora,
 Y del limpido arroyo en la ladera
 Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
 Meditabunda y llorosa,
 Cuando en el fin del camino
 Distinguir creyó una sombra
 Que deslizándose rápida
 Por la vereda tortuosa
 Se aclara y se patentiza
 Según la distancia acorta.
 Tembló de pavor al verla,
 Que no es ilusión ahora
 De su ardiente fantasía
 Sino realidad odiosa.
 Es el mismo peregrino
 Que ha vivido en su memoria
 Dos largos años, imagen
 De un sueño amedrentadora.
 Él es, con su blanca barba,

24